

Introducción: Interrogando nuestras vivencias y creencias

Creemos en escenarios familiares con personas muy similares a nosotros, gente a la que apreciamos mucho porque, además de que han contribuido en nuestro bienestar, se parecen mucho a nosotros en la forma del rostro, de la nariz, de la boca, de la frente, en la forma de hablar o en la textura del cabello. Compartimos con nuestros familiares gustos alimenticios, gustos musicales, aspiraciones y, en ocasiones, la manera de concebir el mundo. Para aquellos que no son tan similares tenemos apodos como “la mona”, “el negro”, “la india”, “la chola”, entre otros. Desde nuestras pequeñas unidades familiares empezamos a configurar ideas de quién es diferente y por qué. En ocasiones, en razón a que aprendemos estos significados en nuestras casas, asumimos que son verdades y no los cuestionamos o no tratamos de buscar explicaciones alternativas para nombrar a quien no es igual o similar a nosotros. Aprendemos cómo se deben comportar las niñas y los niños, memorizando así que las mujeres se deberían sentar cruzando las piernas y los hombres con las piernas abiertas fijas en el piso o que las mujeres son femeninas, y que parte de su feminidad incluye ver sus uñas con los dedos doblados hacia dentro, mientras que los hombres las observan con la mano extendida hacia afuera. Aquellos hombres que no actúan como nos enseñaron, como “machos”, los llamamos “locas”; y a las mujeres que no entran en nuestra idea de feminidad, “machorras”.

Recuerdo que en mi adolescencia en Istmina-Chocó inventábamos canciones para hacer sentir mal a los paisas¹. Como las madres de ellos cocinaban de forma distinta a como lo hacían nuestras madres Afrocolombianas, les cantábamos: “paisita mingalá, come carne sin lavar” y nuestras compañeras paisas lloraban y se ocultaban de nosotras cuando cantábamos estas horribles canciones. También conocí ese sentimiento de rechazo en varias ocasiones. En el 2001, cuando exploraba la posibilidad de vincularme a un convento, las hermanas de la congregación llevaron al grupo de postulantes, todas Afrocolombianas, a una comunidad rural de la Ceja-Antioquia. Al llegar a la comunidad, los pobladores de la región no podían evitar tocarnos para ver si desteñíamos, y a las niñas nos pedían permiso para tocar nuestro cabello porque se sentía “diferente”. Una de las señoras que nos atendió en la visita le preguntó a la superiora que “de dónde nos había *sacado*”. También recuerdo a una compañera inventando historias de nuestras vidas en el

1 Por “paisas” me refero a las personas procedentes de San José del Palmar-Chocó y de Antioquia.

Chocó para alimentar la imaginación de nuestros anfitriones. Para las personas que visitamos, el departamento del Chocó, aunque limítrofe con Antioquia, era un lugar muy lejano, imposible de imaginar como algo distinto a una inmensa selva y donde probablemente no podría existir algo más que lianas, monos y bananos. Para las personas de esta comunidad, el Chocó era un lugar sin historia, sin cultura, sin sociedad, un territorio *vaciado* de cualquier significado distinto al manifestado.

La segunda experiencia que recuerdo aconteció en el 2004, cuando empecé a estudiar en la Universidad del Valle. Mi primer semestre de pregrado fue todo un descubrimiento. En una de las clases introductorias, un profesor hizo una pregunta sobre el material que discutíamos en clase (Karl Marx); yo intervine presentando mi perspectiva al respecto y alguien en la parte de atrás del salón murmuró “hasta los que viven entre los monos entienden a Marx y saben de sociología”. La idea del Chocó como una selva se repetía, pero esta vez encarnada en la vocalización de mi conocimiento. Para mi hoy colega socióloga, yo, como chocona, también estaba desprovista de historia o de algún significado que me hiciera útil o importante para la sociedad.

Una tercera experiencia ocurrió en el 2008, esta vez en Amherst, Massachusetts. Como parte de mi beca para estudiar el doctorado en sociología tenía que enseñar algunos cursos en pregrado. En la primera clase del curso de introducción a la sociología, uno de los estudiantes levantó su mano y dijo “¿por qué mis padres están pagando tanto dinero para que una mujer Negra me enseñe?” En esta ocasión el punto de diferenciación no tenía que ver con mi lugar de procedencia, sino con mi color de piel. De acuerdo a la expresión del estudiante, yo, por mi color de piel, no tendría nada que ofrecerle. Sería un desperdicio del dinero de sus padres sentarse y escucharme, no porque se hubiera tomado el tiempo de escuchar si en realidad tenía o no algún conocimiento para brindar, sino por su idea de lo que personas Negras/ Afrodescendientes como yo, pueden hacer o no. Para este estudiante, las personas rotuladas con el color de piel “negro” estaban desprovistas de inteligencia, de capacidad de trabajo, de disciplina, estaban *vaciadas* de cualquier capacidad.

La última experiencia que recuerdo ocurrió en el 2010, también en Amherst. Al finalizar el semestre, el decano de la facultad anunció la lista de profesores de los cursos del siguiente semestre. A mí me asignaron el curso de teoría sociológica. Al enterarse de la noticia, una profesora escribió un

correo electrónico explicando el grave error que sería permitir que el curso más importante y complejo de la facultad fuera enseñando por una mujer del tercer mundo que no hablaba inglés de manera nativa. En esta ocasión, mi procedencia, mi color de piel, y mi idioma eran los objetos de disputa.

En todas estas ocasiones sentí, no sólo dolor, sino también vergüenza por las muchas veces que en el pasado rechacé a mis compañeros de colegio... había caído en las trampas del paradigma de la diferencia. Pienso que lo que estas experiencias demuestran es cuan inestable, contradictorio, multidireccional y complejo es el paradigma de la diferencia cuando se enfoca en la exclusión de aquel que se concibe como distinto y no en la consideración de la existencia de una diversidad de formas de vivir y de existir.

El poder de los prejuicios: cuerpos “vaciados” vs. cuerpos “vacíos”

Hablo de cuerpos *vaciados*², y no de vacíos, porque los cuerpos y los territorios diferentes a los que estamos acostumbrados, o a los que conocemos, no están desprovistos de contenido *per sé*. En las relaciones sociales que establecemos con quien concebimos como *el otro*, lo *vaciamos* de ese contenido que trae consigo a los encuentros que tenemos con ellos. Hacemos algo así como vaciar el contenido de una botella. Con la diferencia de que al vaciar el contenido de una botella entendemos que es una botella vacía. Por el contrario, con los seres humanos no concebimos que sean algo o alguien más allá del prejuicio que tenemos de ellos o que puedan *hacer* algo.

De acuerdo con el filósofo y politólogo italiano N. Bobbio:

Podemos definir el prejuicio como una opinión recogida acrítica y pasivamente de la tradición o por respeto a una autoridad a la cual estamos a obedecer sin discutir; una opinión que no la ponemos a prueba y por lo tanto [es] dura e incontrolable. El prejuicio no sólo es duro; mientras que el juicio, fundado sobre pruebas empíricas y argumentos racionales, es difícil de conquistar, cuesta esfuerzo y no da aquella certeza categórica y dogmática que da el prejuicio (Bobbio [1993] en Collo y Sessi, 2001:147).

2 Empecé a desarrollar este concepto en mi tesis de maestría titulada “Ripped from the Land, Shipped Away and Reborn: Unthinking the Conceptual and Socio-Geo-Historical Dimensions of the Massacre of Bellavista”. Agradezco al profesor Agustín Laó-Montes sus contribuciones para avanzar en la formulación de esta propuesta.

Las experiencias con las que empecé esta reflexión ejemplifican algunas maneras cómo se configura la idea de un otro en una relación desigual. Cuando antecedemos el estereotipo, por ejemplo, en forma de apodo para referirnos a los otros, establecemos una relación de poder y de dominación, una relación de superioridad-inferioridad en donde quien está, supuestamente, “abajo” es aquel sobre el que se impone el estereotipo. Esta es una relación de una sola vía, en donde quien se burla o pone el apodo tiene las riendas y, quien lo recibe, en muy pocas ocasiones responde; y cuando lo hace, es acusado de problemático y conflictivo porque se *vacía* de su capacidad y derecho a la respuesta y a la defensa.

“El “prejuicio” es un sentimiento favorable o desfavorable, no fundado sobre la experiencia respecto de un individuo o un grupo. Por lo tanto, el prejuicio se configura como una toma de posición arbitraria porque no está basada sobre datos de la realidad. En este sentido es una opinión errada, anterior o independiente del conocimiento de los hechos acerca de la vida, las ideas o los comportamientos de un hipotético “otro” (“extraño a un nosotros”) sea un individuo, un grupo o un pueblo entero. En la mayor parte de los casos el prejuicio es un sentimiento hostil que predispone a actitudes de intolerancia o marginación. Esto tiene que ser combatido, antes que nada, dentro de nosotros” (Collo y Sessi, 2001:135).

Estos sentimientos fundados en prejuicios o en estereotipos³ tienen influencia en diferentes escenarios de la vida: en las relaciones cotidianas, en la enseñanza de la vida a través de la crianza, en la escritura y narración de historias, en la construcción de políticas públicas, en la estructuración de planes de desarrollo, entre muchos otros. Una de las principales influencias se observa cuando se hace de la idea prejuiciada o estereotipada la única y definitiva historia de quien se representa. La novelista nigeriana Chimamanda Ngozi Adichie llama a esto el peligro de una sola historia o de una historia singular⁴.

3 Por estereotipos me refiero a las “imágenes fijas, usualmente negativas, sobre los miembros de un grupo”. Ver Delgado, R. and Stefancic, J. 2001. *Critical Race Theory: An Introduction*. New York: New York University Press. p.155.

4 Adichie, Chimamanda Ngozi. 2009. “The danger of a single story”. http://www.ted.com/talks/chimamanda_adichie_the_danger_of_a_single_story.html. (Consultado Octubre 15, 2009.)